

Ana María Goetschel, coordinadora

Perspectivas de la educación en América Latina



© De la presente edición:

FLACSO, Sede Ecuador

La Pradera E7-174 y Diego de Almagro

Quito – Ecuador

Telf.: (593-2) 3238 888

Fax: (593-2) 3237 960

www.flacso.org.ec

Ministerio de Cultura del Ecuador

Avenida Colón y Juan León Mera

Quito-Ecuador

Telf.: (593-2) 2903 763

www.ministeriodecultura.gov.ec

ISBN: 978-9978-67-197-9

Cuidado de la edición: David Chocair

Diseño de portada e interiores: Antonio Mena

Imprenta: Rispergraf

Quito, Ecuador, 2009

1ª. edición: marzo de 2009

Índice

Presentación	9
Introducción	11
<i>Ana María Goetschel</i>	
LOS DESAFÍOS DE LAS UNIVERSIDADES EN EL SIGLO XXI	
Universidad: entre la enseñanza humanística y la formación profesional	23
<i>Vera Lúcia de Mendonça Silva</i>	
Los desafíos de las universidades en el siglo XXI: una visión desde la Argentina pos crisis	39
<i>Juan Carlos Pugliese</i>	
La movilidad y el intercambio académico en programas de posgrado como elementos para la integración latinoamericana	55
<i>Rosa Amalia Gómez Ortíz</i>	
Presentes persistentes de la universidad y sus futuros (in)imaginados: ¿es posible soñar en la no universidad del futuro?	73
<i>Eduardo Ibarra Colado</i>	

EDUCACIÓN Y POLÍTICAS PÚBLICAS

Educación pública y reforma educativa de los años 90 en la Argentina	95
<i>Analía Minteguiaga</i>	
Políticas educativas y socialización de niños: un estudio sobre la reforma educativa boliviana de 1994	115
<i>Mario Yapu</i>	
Pensando en políticas públicas para la escuela rural en el Perú	139
<i>Yolanda Rodríguez G.</i>	
El proceso de descentralización de la educación en Argentina Un caso: la provincia de Buenos Aires	167
<i>María M. Formichella y Mara Rojas</i>	
Cumplimiento del derecho a la educación en el Ecuador, 2000-2007	189
<i>Milton Luna Tamayo</i>	

EDUCACIÓN Y CIUDADANÍA

Importancia atribuida al desarrollo de la ciudadanía en la formación inicial docente: una aproximación desde la perspectiva de los académicos y los estudiantes pertenecientes a la Facultad de Educación y Humanidades de la Universidad del Bío Bío, Chile	213
<i>Héctor Cárcamo Vásquez</i>	

La participación social y las reformas educativas
en América Latina. La discusión pendiente 233
Úrsula Zurita Rivera

La implementación de un programa
de resolución de conflictos sin violencia
en una zona de la Vía Perimetral, Guayaquil, Ecuador.
Posibilidades y límites de extender esta experiencia
dentro del sistema educativo 257
Anna Katharina Pfeifer

EDUCACIÓN Y EQUIDAD

¡Aquí hay que hacerse respetar!
Mujeres entre tuercas y metales:
una mirada desde las estudiantes de la Facultad de
Ingeniería de la Pontificia Universidad Católica del Perú 277
Alizon Rodríguez Navia

Estereotipos de género en la niñez.
Una mirada desde los derechos humanos 295
M. Micaela Bazzano

Rituales de admisión. La reproducción
de la diferencia en el sistema escolar ecuatoriano 311
María Pía Vera

1

**Los desafíos de las universidades
en el siglo XXI**

Universidad: entre la enseñanza humanística y la formación profesional

Vera Lúcia de Mendonça Silva*

Introducción

La universidad tiene la vocación de crear, reflexionar y reexaminar críticamente el conocimiento a partir de la realidad en la que se inserta, de ahí su reconocida misión transnacional y transecular.

Debido a esa trayectoria de adecuación a las necesidades sociales, la universidad actual se ve frente a una encrucijada de dos retos, en un momento en que la eficacia y la rentabilidad figuran como centro de los intereses político y económico: ¿Conocimiento crítico o utilitario? Esta continúa siendo la gran pregunta que la acompaña desde hace dos siglos, pero que nunca tuvo tanto énfasis ni produjo tantos planteamientos como ahora. Hoy se requiere que la enseñanza superior asuma un proyecto académico, según las necesidades económicas contemporáneas, lo que afecta su tradicional dinámica de concebir, organizar y controlar el conocimiento, pues, al seguir la orientación de una formación utilitarista termina por subvertir los fines humanistas, convirtiéndose en una herramienta más del modelo vigente. Este artículo analiza este nuevo desafío de la institución poniendo énfasis en el perfil profesional requerido por el actual paradigma económico.

* Departamento de Filosofia e Ciências Humanas, Universidade Estadual de Santa Cruz. vera-lu@uesc.br

El papel actual de la universidad

La historia de la universidad se confunde con las transformaciones por las cuales ha pasado la sociedad occidental desde la época medieval, puesto que siempre contribuyó con su crecimiento social y económico, aportando un conocimiento demandado en cada momento de su desarrollo. Actualmente, se exige que la institución siga cumpliendo su trayectoria de acomodación a las necesidades de la sociedad. En ese sentido es que en las dos últimas décadas ha sufrido profundos cambios en su organización y administración a fin de jugar un papel decisivo en una sociedad dominada por la tecnología y la información.

Esta exigencia es el resultado de las políticas macroeconómicas instauradas en los años ochenta con el objeto de controlar la crisis económica de los países desarrollados (Mishra, 1989). Debe tenerse en cuenta que la recesión alcanzó a los países con fuerte presencia del Estado en la conducción de sus economías, ocasionando una ruptura en sus proyectos sociopolíticos¹. Según Mishra (1989), el estado de bienestar había traído consigo mejoras sustanciales en la calidad de vida de los ciudadanos, a partir de la inversión en cuatro pilares que han concretizado su ideal: universalización del sistema de salud, democratización de la educación, mejoría de las condiciones laborales y acceso a la vivienda. Con la crisis, este tuvo que reformarse para retomar el crecimiento, conjugando sus acciones con los intereses del emergente mercado de concepción liberal. Este hecho produjo la reducción de inversiones en el ámbito social y el mayor estímulo a la financiación del sector privado en sectores claves de la economía capitalista².

En este escenario, la universidad pasa a ser un foco de interés como nunca había sido. Vista como uno de los soportes de la expansión económica, se cuestiona la adecuación de su proyecto académico y científico a las demandas del mercado. Las fuerzas político-económicas le exigieron un replanteamiento de su papel histórico en cuanto institución educativa

1 El nuevo orden mundial trajo consigo el reagrupamiento de los países en bloques económicos en sustitución de las antiguas fronteras geográficas y económicas.

2 Evidentemente, de la misma manera que no se puede hacer referencia a un único modelo de estado de bienestar, tampoco se puede hacer mención a una única estrategia política y económica de estos Estados para hacer frente a la crisis económica.

y una reorientación de su actitud para afrontar los emergentes requerimientos económicos. Esta redefinición del papel histórico busca la construcción de un conocimiento dirigido al sector productivo. La universidad se halla acorralada por las demandas económicas. Se le exige colaborar más eficazmente con el crecimiento, lo que implica un cambio de actitud en términos de formación académica y la necesidad de su reestructuración interna, para ello se reclama la descentralización, la flexibilidad de la carrera y del currículo, la investigación y formación aplicada y el intercambio con empresas –a través de la transferencia de Investigación y Desarrollo (I+D) y de capital humano– además de la propia formación de empresas.

La universidad se ve obligada a reflexionar sobre su concepción de docencia e investigación, sobre su estatus y finalidad social, a fin de dar un sentido práctico a la enseñanza en ella concebida. La institución es inducida a reformarse para el cumplimiento de una nueva función según las demandas coetáneas. Su característica misión de formación cultural y científica fue asediada por otra que ya la envolvía desde el nacimiento de la sociedad burguesa: la formación profesional, pensada desde una perspectiva de aplicación del conocimiento al mundo del trabajo. La universidad se encuentra entonces entre dos misiones: la formación ciudadana y la formación profesional, “dos roles que en absoluto son separables, pero que aparecen como dos misiones diferenciadas que se marcan nítidamente” (Fernández, 1999:209).

Algunos estudiosos comparan los cambios actuales con otras dos grandes transformaciones ocurridas: durante el Renacimiento –que instituyó una universidad elitista– y durante la Revolución Industrial –que originó una institución más abierta a la sociedad y al mundo de la empresa³.

Así, bajo una orientación más económica que política (Fernández, 1999), la universidad profundiza sus relaciones con otras instituciones públicas y con los sectores privados. Su propósito es promover mecanismos de acción que se adecuen a los intereses del nuevo orden mundial, elaborando y aplicando investigaciones científicas o formando profesionales exigidos por el mercado de trabajo.

3 Véase en especial Fontela (2000).

La enseñanza superior debe aportar un saber que proporcione a quién lo recibe las condiciones necesarias para afrontar la competitividad laboral, así como una investigación que posibilite al mercado explotarla con fines económicos. La reestructuración de los cursos, a través de los nuevos currículos, el énfasis en el conocimiento interdisciplinario, la constante creación de nuevos estudios especializados de posgrado (especialización, maestría, doctorado) y el tipo y forma de investigación, traducen las reivindicaciones actuales de una formación académica con vistas a favorecer un mercado dinámicamente exigente. Estos cambios darían respuestas rápidas y eficientes a un mundo en transformación.

Las presiones económicas, políticas y sociales, sumadas a la necesidad de financiación, hacen que la universidad absorba su nueva misión. Para mantener el equilibrio entre lo que es ofrecido y lo que es demandado económicamente, se le exige la denominada “modernización académica”. Por otro lado, los beneficios económicos, adquiridos a través del fomento de medidas que atraen inversiones del sector privado a su interior, posibilitan el desarrollo de tareas y el logro de una mayor productividad. De esta forma, se aumenta la colaboración y la competitividad. Evidentemente, esa dinámica se ha procesado de forma diferente en los distintos países. Este artículo trata de hacer un análisis de los cambios actuales en los sistemas universitarios de la Unión Europea.

Los vínculos entre el conocimiento y la productividad

Los últimos cambios económicos han incrementado la relación entre las universidades de la Unión Europea y el mercado de trabajo. Pero tal fenómeno ha sido posible gracias a las políticas educativas de los gobiernos para la enseñanza superior. Estas se sustentan en la visión de una universidad emprendedora, es decir, que promueva un tipo de formación con vistas a la resolución de problemas en el ámbito de la información y comunicación. Tal perspectiva resulta de una concepción de mayor integración e intervención en una coyuntura económica que exige respuestas inmediatas a problemas complejos. Así, pese a su carácter autónomo, la universidad se ve regulada por las autoridades políticas. Las mismas ela-

boran sus directrices a partir de una idea común de funcionamiento, conjugando los intereses económicos con su misión tradicional de formación profesional e intelectual.

Desde esta postura se han promovido los cambios en el seno de la universidad. Estos se evidencian tanto en la reorganización de los recursos económicos como en la reorientación en la formación académica e investigación, principales factores que afectaron sobremanera su estructura.

Debido a la disminución de los presupuestos públicos para la manutención de ese “monstruo” que es la universidad, la financiación económica es un punto clave en la nueva perspectiva. Desde hace dos décadas, los gobiernos vienen disminuyendo progresivamente las subvenciones y estimulando los subsidios del sector privado para el sistema universitario. Desde esta orientación política y económica, las acciones procuran sustituir la presencia del Estado como fuerza promotora de la educación y la I+D por la subvención directa del sector privado. Esto origina una mayor implicación de las empresas en la financiación y aplicación de los proyectos científicos y un importante compromiso de la universidad en perseguir sus exigencias.

La menor injerencia del Estado contribuye a que los centros de investigación y las universidades se encuentren sometidos a los intereses de las empresas en el proceso de elaboración y desarrollo de sus proyectos. El sistema universitario se ve envuelto en una red de articulaciones con sectores productivos que, interesados en la innovación, determinan el sentido de la educación e investigación: “interesa formar para el empleo e interesa investigar en aquellos asuntos más rentables y fáciles de colocar en el mercado” (Zabalza, 2002:77). De esta manera, las líneas prioritarias de acción son determinadas por demandas constituidas fuera del ambiente académico, bajo intereses de un mercado extremadamente dinámico. Asimismo, en muchos países las universidades encuentran en las empresas un fuerte competidor en materia de I+D, teniendo en cuenta que sus actividades pueden equipararse –y muchas veces hasta superar– a las de aquella. De ahí que muchas universidades modifiquen su tradicional modelo para no perder su estatus social.

Los fundamentos del consorcio: entre universidad y empresa

Conforme se ha señalado anteriormente, las exigencias económicas están conduciendo a la universidad a reelaborar su proyecto académico y científico. Uno de los requisitos para el cumplimiento de su nueva misión es el incremento de las relaciones con las empresas. Su puesta en marcha se configura en los proyectos conjuntos, concretizados en forma de creación de cursos, orientación académica e investigaciones aplicadas.

Amparado en la idea de competitividad, la forma y la intensidad de la alianza que propugnan esas fuerzas están sometidas a los aportes científico, tecnológico y financiero que cada uno puede proporcionar y recoger según sus intereses.

En esa cooperación, la universidad incrementa la capacidad de las empresas de acuerdo con tres fundamentos: herramientas básicas del conocimiento con las que se pueden manipular los elementos necesarios para la innovación, recursos humanos e investigaciones en áreas punta.

El primer eje está vinculado a los elementos cognitivos que potencian la competitividad de las empresas. A la universidad le corresponde brindar los conocimientos necesarios a los futuros profesionales para que estén en condiciones de afrontar los problemas presentados con el nuevo paradigma económico.

El segundo elemento alude a la formación de las capacidades intelectuales forjadas por una educación, basada en los principios económicos. Los recursos humanos, pensados bajo el emblema de alta calificación, son la clave para la I+D. Por ello, se constituye en importante eje de conexión entre universidad y empresa.

El último dispositivo enuncia la forma final del vínculo existente entre los dos elementos anteriores. Esto se traduce en la aplicación de la I+D con vías a incrementar la innovación en el sistema productivo. La capacidad cognitiva se transforma en un “saber hacer” que sostiene el desarrollo tecnológico, motor del crecimiento.

Los tres fundamentos se articulan a partir de los determinantes de este último delimitador del campo de acción de los dos primeros. El conocimiento adquirido en la universidad favorece la tecnología innovadora,

con el aporte de habilidades especializadas. Los mismos responden eficazmente a los problemas complejos del mundo productivo.

Mientras la universidad conforma los tres pilares señalados, a la empresa le atañe: financiar los proyectos académicos que le interesan económicamente, determinar las líneas de acción en materia de I+D y absorber a los profesionales calificados que puedan aplicar en sus instalaciones los conocimientos adquiridos en la universidad.

En concreto, el intercambio posibilita a la universidad la realización de sus proyectos académicos constantemente amenazados por los bajos presupuestos que la someten actualmente. Financiamiento de investigaciones, prácticas en empresas, becas para investigadores y alumnos de los cursos de grado y posgrado se concretan gracias a los convenios establecidos, lo que de otra manera sería difícil llevar a cabo. La empresa, a su vez, obtiene recursos humanos y conocimientos científicos que le permiten prosperar y, así, competir con mayor eficiencia en el mercado.

La red creada entre ambos sectores hizo que se reanudara el debate sobre la misión de la universidad. El foco de los planteamientos se reconoce en el tipo de intercambio que se viene estableciendo y la influencia de sus resultados para el futuro de la enseñanza superior.

Hacia la formación técnica

La adaptación de la universidad al mercado laboral se verifica en su foco de funcionamiento: los planes de estudios. Su flexibilidad actual denota la apuesta por una vasta carga horaria de asignaturas, tanto utilitarias como optativas, que complementen la formación básica y promuevan una educación de calidad.

Esta perspectiva se advierte en las universidades reconocidas como más innovadoras. En ellas es frecuente la oferta de disciplinas utilitarias en las asignaturas de libre elección en un currículo flexible: materias técnicas, lenguas extranjeras y programas informáticos se ofrecen muy a menudo, y en mayor proporcionalidad, si se compara por ejemplo con las asignaturas de las ciencias humanas.

Igualmente, muchas instituciones que se proponen estar al día con las necesidades del mercado ofrecen continuamente cursos especializados, que posibilitan actualizar y optimizar el currículo. Entre ellos se encuentran los llamados cursos extraordinarios⁴ y títulos propios (máster, especialista, experto), cuya propuesta abierta y diversificada atrae al estudiante deseoso de ampliar sus conocimientos e incrementar su currículo. Son cursos caros que aparecen y desaparecen continuamente, pues su oferta y precio dependen de su valoración en el mercado de trabajo.

Por último, si se miran los subsidios de los gobiernos destinados al conjunto de áreas del conocimiento, el porcentaje de cursos creados en todos los niveles de enseñanza y, además, la oferta de asignaturas entre ellos, se puede identificar el fomento destinado casi exclusivamente al área técnica, acentuando aún más la dicotomía entre las ciencias experimentales y humanas.

El actual proyecto académico reconoce una universidad corporativa que privilegia la formación de un capital humano fácilmente formado e integrado al sistema productivo mundial. Muchas universidades están adoptando esta concepción. En los últimos años, el afán de insertar a los estudiantes en el mercado laboral les ha llevado a la persecución de un conocimiento en áreas reconocidas como de punta. Naturalmente, esto pone en riesgo la educación general, condenando al fracaso a las universidades que intentan mantener su proyecto tradicional de formación ética, reflexiva y crítica (Fontela, 2000).

Efectivamente, a pesar de que se pregone la emergencia de un nuevo trabajador, en condiciones de adecuarse a los planteamientos de la industria moderna, es imposible delinear su perfil dado los cambios dinámicos en el campo del trabajo. No obstante, se puede determinar el campo de actuación: el de la innovación, componente básico del paradigma económico actual. Este hecho justifica la presión de los grupos económicos en torno al conocimiento técnico en detrimento de una concepción humanista (Neave, 2001).

⁴ Cursos extraordinarios son los cursos que no pertenecen al ámbito de la Formación Continua.

Debido a su trayectoria de adecuación a los cambios por los cuales pasa la sociedad, la universidad se ve en la encrucijada de dos misiones, en un momento en que la eficacia y la rentabilidad figuran como centro de los intereses político y económico.

Ciertamente, hoy se requiere más de lo mismo: que la enseñanza superior se ajuste a las demandas sociales y económicas. Esto significa que la universidad debe sobreponerse a esa dualidad de perspectivas y asumir más que nunca un proyecto académico según las necesidades económicas contemporáneas (Fernández, 1999). En definitiva, a la universidad le cabe prestar servicios, lo que la convierte en una herramienta más del modelo vigente.

Universidad: ¿de la educación ciudadana a la formación profesional?

Este nuevo contexto de producción del conocimiento debilita y fragmenta la organización de la universidad como institución educativa. Esto provoca cismas, contradicciones y tensiones en torno a su concepción, o a lo que se considera de excelencia en su doble función: docencia e investigación. El interrogante acerca de la formación universitaria ronda los debates, cuyas posturas se dividen entre el dar importancia a los procesos o a los resultados. ¿Conocimiento crítico o utilitario? Esta continúa siendo la gran pregunta que la acompaña desde hace dos siglos, pero que nunca tuvo tanto énfasis ni produjo tantos planteamientos como ahora. El desarrollo de la nueva cultura de funcionamiento de la institución afecta su tradicional dinámica de concebir, organizar y controlar el conocimiento pues, al seguir la orientación de una formación utilitarista, termina por subvertir los fines humanistas.

La capacidad de adaptación y el dinamismo de la universidad son identificados según el potencial de repuesta de los centros a los requerimientos socioeconómicos. Naturalmente, debe ser considerada la facultad de interacción a niveles local, nacional e internacional.

La reducción progresiva de las subvenciones estatales es uno de los factores que favorece los cambios. Esta situación provoca inseguridad en lo que respecta a la suficiencia de los medios disponibles para mantener sus

funciones y así responder a las complejas demandas continuamente renovadas. La situación de riesgo permanente con la que convive le incita a buscar alternativas para sobrevivir. Por esta razón, la institución se ve empujada a recurrir a convenios de cooperación con el mundo privado (las empresas, las entidades financieras, las fundaciones, etc.) (Zabalza 2002), a fin de extraer beneficios económicos. Evidentemente, en muchos países el Estado continúa siendo su principal sostén, pero aún así los fondos privados complementan las subvenciones públicas y garantizan los recursos materiales vitales para su funcionamiento. De esta forma contribuyen al aporte de los recursos humanos y de investigación según las demandas económicas. Naturalmente, el análisis de esta actitud deberá considerar que la institución está a servicio de la sociedad, desarrollando sus acciones en estrecha correlación con los problemas que afectan a la misma. Resulta interesante destacar que desde el seno de la universidad salen los profesionales, científicos y políticos, es decir, el colectivo que interviene en todas las esferas sociales. Por esta causa, el proceso de transformación aludido debe ser entendido a partir de los elementos que conforman su propia existencia en el entorno social.

Responsables por su administración financiera, y temiendo por ella, las universidades procuran asegurar en el consorcio con las empresas su postura y prestigio en el ámbito de la creación y transferencia de conocimiento. Los recursos financieros les otorgan una infraestructura que crea las condiciones necesarias para la producción del conocimiento y el desarrollo de investigaciones. Algunos logros de la universidad en el consorcio se traducen en: financiación de investigaciones, construcción y mejoría de los laboratorios, provisión de máquinas de última generación y becas para los estudiantes. Su contrapunto es la creación y transferencia de recursos humanos e investigación aplicada al mundo empresarial. La alianza promueve, al final, una acción conjunta en términos de elaboración, desarrollo y aplicación de investigaciones, debiendo la empresa asumir parte de la financiación de las actividades académicas. Asimismo, tiene intereses en los recursos humanos cualificados y en la calidad de la investigación que recibe como contrapartida.

El tipo y vigencia de la relación depende de las acciones promovidas por cada centro para perseguir inversiones privadas en su interior. En ver-

dad, la cooperación viene dándose de forma más intensiva en las universidades consideradas más emprendedoras. Estas se destacan por su orientación hacia los cambios y por su cercanía al mundo empresarial, un arquetipo de universidad innovadora que se está sedimentando a nivel mundial.

Todo eso contribuye a que “la universidad se encuentre ante una encrucijada de valores. Se ha quedado encallada, enfrentada con dos conjuntos de valores, enraizados respectivamente en la vida dialógica y en la performatividad” (Barnett, 2002:45). El ofrecimiento de servicios a un mercado dinámico y competitivo pone al sistema universitario en la mira de una reestructuración interna que va cambiando una concepción sociopolítica por un proyecto de tendencia más economicista. Las acciones gubernamentales regulan los nuevos retos que se sustentan en las determinaciones de los grupos económicos y políticos. Los mismos les incitan a ajustar sus antiguas funciones a los intereses macroeconómicos. La coacción ejercida para el cambio de paradigma debe ser comprendida dentro de esa dinámica en la que ella esta encerrada.

Un rasgo importante a destacar es que la búsqueda de estrategias para sobrevivir en un ambiente internacionalmente competitivo ha provocado en las universidades un funcionamiento semejante al de una empresa. De tal forma, los principios adquiridos giran en torno a las metas de calidad y la eficiencia y satisfacción de los servicios prestados. Así, las universidades absorben y reproducen, paulatinamente, categorías del discurso empresarial. En ellas ya es corriente hablar de términos de flexibilidad, competencia, mayor productividad, riesgos, inversores y clientes y planeamiento estratégico, etc. Asignar calidad a los servicios es la meta actual para captar los recursos extra presupuestarios que puedan mantener la capacidad académica y científica, condición necesaria para competir en el “mercado educativo” y empresarial moderno.

Es verdad que no se trata de un sistema de organización empresarial rígido, pero la forma en que se establece el vínculo está transformando el sistema universitario en una esfera más del sistema productivo.

Por último, el contexto actual ha generado instituciones alternativas de perfil innovador que compiten con las universidades, presentándose como un desafío a su modelo tradicional. Del mismo modo, el entorno competitivo ha creado también la rivalidad entre las propias universida-

des. Incluso, se ha instituido una jerarquía de posiciones entre ellas en base a los beneficios económicos adquiridos a partir de su capacidad de acomodación a los nuevos requerimientos.

A grandes rasgos, todo eso coloca bajo presión a las instituciones que todavía mantienen una preocupación por la educación ciudadana, obstaculizándoles sus actividades en este sentido. Igualmente, se imponen condiciones que dificultan la supervivencia de los pequeños centros. Los mismos deben asociarse o fusionarse para ser competitivos.

Ante la exposición de la universidad al poder político y a las determinaciones del mercado se puede aludir que la misma que está revolviéndose en más una de las crisis a que viene enfrentándose desde su nacimiento a fin de reorientar su concepción; crisis que no pudo impedir que prosiga con su tradicional vocación.

La universidad continúa en la mira de las instituciones políticas que desde siempre han cercenado su proyecto académico y la han sometido a su servicio. En la actualidad, la profesionalización es la clave de las nuevas políticas destinadas al sistema universitario, un desafío que tendrá que aceptar ante las fuertes presiones a que está expuesta. Evidentemente, se intentará mantener los tradicionales valores, pero ellos estarán sometidos cada vez más a las demandas externas. La institución avanza hacia relaciones más estrechas con el mercado. Entre la búsqueda de la construcción del conocimiento universal, por un lado, y los fundamentos económicos por el otro, la universidad intenta buscar una salida para sobrevivir.

Todo ello provoca un debate en torno a la misión que debe desempeñar como institución educativa. Los argumentos pueden examinarse desde dos posiciones principales: una que defiende la universidad humanista de tradición liberal, con una percepción de la ciencia en función de la ciudadanía; y otra que apoya una concepción de formación profesional más articulada con el sistema productivo, cuya idea central se reconoce en la ciencia al servicio del mercado.

La postura humanista sostiene una formación integral, reflexiva y crítica, con énfasis en necesidades socioculturales y no en aspectos puramente económicos. La educación debe favorecer el amplio conocimiento, inducir al pensamiento e intervenir en la realidad. Se trata de una formación intelectual, en que la preparación profesional es apenas un aspecto

de una misión que señala a la construcción y transferencia de conocimiento y a la investigación como sus principales retos. La preocupación gira en torno de la formación para el ejercicio de la ciudadanía.

La posición favorable a la asociación de la universidad con la empresa se sostiene en la opinión de que aquella debe acompañar las transformaciones por las cuales pasa la sociedad. De esta manera podrá contribuir con el desarrollo social y económico aportando un “conocimiento más útil”, centrado en lo técnico y no en lo sociocultural. En suma, la universidad debe aportar servicios que respondan a demandas efectivas, lo que se traduce en la dotación de conocimientos válidos capaces de promover actitudes innovadoras.

Esta perspectiva se apoya en las imposiciones de un mercado tecnológicamente avanzado que demanda recursos humanos para la gerencia de actividades que se sostienen en el conocimiento y la información. Por esto, la aportación de conocimientos y habilidades para solucionar problemas complejos en la economía moderna debe ser el eje de la formación universitaria (Shuberof, 2001).

Tal prerrogativa se nutre en la convicción de que el crecimiento de un país depende de una universidad de corte imperativo, emprendedor y competitivo. Una institución cada vez más presente en el ambiente económico y que colabore eficazmente con el sector productivo a través de la transferencia de tecnología y capital humano. Evidentemente, se mira hacia el mercado, sus expectativas, intereses y demandas en términos de tecnología moderna y mano de obra cualificada.

Pero las posiciones no se agotan en estas dos orientaciones dispares y excluyentes, sino que se deshacen en una tercera tendencia reconciliadora de las culturas humanista y científica a partir de “una reforma del pensamiento que permitiría el pleno empleo de la inteligencia” (Morin, 1998:23). Esta postura plantea la sustitución del conocimiento especializado por un saber totalizador que posibilite pensar y resolver los problemas de forma global y continua.

Considerando la complejidad de los problemas impuestos a la sociedad contemporánea, la universidad debe conjugar en su proyecto académico las demandas sociales y económicas. De esta manera podrá intervenir más eficazmente, lo que significa poner más énfasis en un

conocimiento amplio y contextual que proporcione la formación de “ciudadanos capaces de afrontar los problemas de su tiempo” (Morin, 1993: 27).

Las diferentes perspectivas manifiestan la continua tensión de una institución históricamente rehén de intereses políticos y económicos que se interponen a sus prácticas e influyen en su misión.

Conclusiones

La universidad está siendo sometida a cambios estructurales y organizativos en función de las exigencias de un dinámico mercado de trabajo. En concreto, viene dejando atrás la cultura humanista que la conformó en los dos últimos siglos en función de un proyecto de formación profesional dirigido al sector productivo.

Evidentemente, la formación profesional siempre ha sido uno de los objetivos de la universidad, pero en la actualidad su énfasis recae sobre los aspectos técnicos de la formación, debido a las transformaciones ocurridas en el sector económico a partir del desarrollo de las nuevas tecnologías. Estas han inaugurado nuevas formas de utilización de la fuerza de trabajo, exigiendo de la universidad las competencias y capacidades necesarias para intervenir eficazmente en el sector productivo. Así, la universidad se ve presionada a seguir las determinaciones del mercado en el sentido de contribuir con una formación profesional según las exigencias coyunturales, lo cual ha significado intensos cambios en el proyecto académico para adaptarse al nuevo contexto. Tal ajuste se presenta en las políticas de los gobiernos para la enseñanza superior y se traduce en acciones de los cuerpos científico-administrativos de los centros de acuerdo con sus contextos sociales, políticos y económicos.

Bibliografía

- Barnett, Ronald (2002). *Claves para entender la universidad en una era de supercomplejidad*. Barcelona: Ediciones Pomares.
- Fernandez, Juan Manuel (1999). *Manual de política y legislación educativas*. Madrid: Síntesis.
- Fontela, Emilio (2000). “El nuevo escenario económico de la universidad”; en Antonio Saens de Miera, coords.; *La universidad en la nueva economía*. Madrid: Ministerio de Ciencia y Tecnología, p. 39-54.
- Mishra, R. (1989). “El estado de Bienestar después de la crisis: los años 80 y más allá” en Rafael Muñoz de Bustillo, coord.; *Crisis y futuro del estado de bienestar*. Madrid: Alianza, p.55-80.
- Morin, Edgar (1998). “Sobre la reforma de la universidad” en Jaume Porta y Manuel Lladanosa, coords.; *La universidad en el cambio del siglo*. Madrid:Alianza, p.19-28.
- Neave, Guy (2001). *Educación superior. Historia y política*. Barcelona: Gedisa.
- Shuberof, Oscar J. (2001). “La universidad y los retos del nuevo siglo”, en *la universidad en la sociedad del siglo XXI*. Madrid: Fundación Santander & Fondo de cultura económica, p. 161-184.
- Zabalza, M. A. (2002). *La enseñanza universitaria. El escenario y sus protagonistas*. Madrid: Narcea.

